

Ha de matársele; ya no hay leyes para juzgarlo; él mismo las ha destruído.

Hay que matarlo como un enemigo; juzgado por un ciudadano; para sentenciar el símbolo de la tiranía el ciudadano es el llamado.

Hay que matarlo como culpable sorprendido en flagrante delito, con las manos tintas en sangre. La realeza es desde entonces un eterno crimen. Un rey está fuera de la naturaleza; entre el pueblo y el rey no hay relación humana.

Obsérvase que Saint-Just se preocupa poco en poner de acuerdo y ordenadamente todas estas razones, estos medios; emite sus ideas sencillamente; todos los medios son buenos para matar al rey.

Tenía dos frases terribles, dos ultrajes violentos, sanguinarios: «Llegará un día en que los hombres alejados de nuestros prejuicios, se asombrarán de la barbarie de un siglo para el cual fué cosa sagrada juzgar á un tirano...» Y por una odiosa irrisión: «Se intenta remover la piedad, se ajustarán á buen precio las lágrimas como en los entierros de Roma...»

El día en que la piedad adopta una figura burlesca comienza la etapa de la barbarie.

Saint-Just había obtenido de la Montaña y de Robespierre la terrible iniciativa de dar este primer golpe. Pero estamos tentados de creer que su discurso no fué inspirado por nadie. Llegó á decir en dos pasajes que ni aun el pueblo podía obligar á ningún ciudadano á que votara por el perdón del tirano, porque cada uno en este asunto era juez; recordaba Saint-Just que para juzgar César no empleaba otras formalidades más que dar veintidós puñetazos, etc., etc. Y terminaba aconsejando á la Asamblea que juzgara con rapidez. Era de temer que algún individuo de la Asamblea se juzgara autorizado por las violentas palabras de Saint-Just á ser juez y verdugo.

Temíalo el mismo Robespierre, y en su discurso (3 de Diciembre) dijo que era necesario detenerse y que él no hacía más que prevenirlo.

Pudo comprenderse desde entonces que el joven Saint-Just no sería un discípulo de Robespierre, si no que acelerando su paso se adelantaría á Robespierre mismo, llegando á constituir una peligrosa competencia.

Y esto llegó sin necesidad del golpe de Thermidor.

La atrocidad del discurso tuvo un éxito asombroso. A pesar de las reminiscencias clásicas que se observaban en su discurso (Luis era un Catilina) nadie mostraba deseos de reirse. El modo de declamar de Saint-Just no era vulgar; se notaba en el joven orador un verdadero fanatismo. Sus palabras lentas, medidas, causaban el deslumbramiento del cuchillo de la guillotina. Por un contraste raro estas palabras salían fríamente, despiadadamente de una boca que parecía femenina. Sin sus ojos azules fijos y duros y sus cejas fruncidas Saint-Just hubiera podido pasar por una mujer. ¿Era la virgen de Tauride? No; ni los ojos, ni la piel

blanca y delicada dejan en el espíritu sentimiento de pureza. Esta piel muy aristocrática, con un carácter singular de blancura y transparencia, parecía muy hermosa y dejaba la duda de si Saint-Just estaba sano. La enorme corbata atada, que él solamente llevaba entonces, hizo decir á sus enemigos, puede que sin causa, que tapaba tumores fríos. El cuello estaba como suprimido por la corbata y por el alzacuello alto y tieso; efecto llamativo, tanto más cuanto su talla elevada no hacía suponer tan corto cuello. Tenía la frente muy baja y la cabeza como deprimida, de suerte que los cabellos, sin ser largos, le llegaban hasta los ojos. Pero lo más extraño era su paso, de una rigidez automática que á nadie semejaba. La rigidez de Saint-Just era característica. ¿Revelaba altanería, orgullo, altivez calculadas? poco importa. Intimida y desde este momento no es ridícula. Comprendíase que un hombre inflexible en sus movimientos lo fuera también en sus palabras. Lo mismo cuando pronunció su discurso contra el rey que cuando habló contra la Gironda, movióse de una pieza hacia la derecha y nadie hubo que no sintiera el frío del acero.

Falta saber quién es este joven que para su debut escogió el fúnebre papel de hablar en nombre de la muerte, en nombre de la venganza del pueblo, quien por encima de la Montaña, por encima de Robespierre, imponía á la Asamblea el asesinato político.

Había publicado *Mis pasatiempos ó el nuevo Organt de 1792*, por un diputado de la Asamblea Nacional.

Esta obra, que tiene por lo tanto algún mérito, murió apenas hizo su primera aparición en el 89 y su segunda aparición en el 92. La terrible celebridad de que gozaba entonces su autor no le sirvió al libro. Sus amigos fueron, se puede creer así, los más empeñados en enterrarlo, en crearle el vacío.

Saint-Just nació en Nievre, una de las más rudas regiones de Francia y que ha producido más de un hombre de savia áspera y amarga. (Béze, entre otros, el brazo derecho de Calvino). Su padre fué un soldado afortunado. Uno de esos militares del antiguo régimen que después de una larga vida de esfuerzos obtienen la cruz de San Luis y acaban siendo nobles. Todo este esfuerzo acumulado se resumía en Saint-Just. Nació serio, ásperamente laborioso; esto se observa en sus cuadernos de estudiante que todavía existen. El que tengo á la vista prometía un espíritu exacto, un poco pesado, llamado á los trabajos de erudición. Es una causada historia del castillo de Coucy. Su familia tenía bienes en Aisne (Blerancourt) cerca de Nayon.

Enviado á Reims para estudiar el derecho, el joven no encontró en estas academias, vergonzosamente deficientes entonces, más que el vacío, el aburrimiento y malas costumbres. De tiempo en tiempo hacía un viaje á Blerancourt, y hacía (si hemos de juzgar por los versos que entonces escribía) la vida de los jóvenes gentileshombres de campo. Una vez le absorbió una idea y escribió un poema.



El autor valía mucho más que la obra. No había nacido para cultivar la poesía. Poseía el sabor natural de las grandes cosas, una poderosa voluntad, un alma elevada y emprendedora. Devorábase á sí mismo en esta vida de tedio. Dícese que en Reims pintó su dormitorio de negro con lágrimas blancas y que pasaba largas horas en esta especie de sepulcro creyendo que había muerto ya en la antigüedad. Los seres heroicos de la antigua Roma visitaban con mucha frecuencia esta cámara, penetrando en la fogosa alma de Saint-Just. Este repetía con frecuencia: «El mundo ha quedado vacío después de los romanos.» Saint-Just sentía vehementes deseos de llenarlo.

Para salir de la provincia y vivir el día, se dirigió al brillante periodista de Aisne, á Camilo Desmoulins; éste, de una naturaleza antipática á la suya, no hizo una gran acogida al altivo estudiante; no vió en Saint-Just más que fatuidad y pretensión; no encontró ni al romano ni al poeta; Camilo Desmoulins se burló de los dos. Saint-Just queda nuevamente en su soledad irritado, impaciente, indignado de permanecer aun en la oscuridad leyendo sus Plutarco, Sila, Mario.

Presentósele una magnífica ocasión. Saint-Just había recobrado sus ánimos. Blerancourt iba á perder un mercado que era su vida. Saint-Just escribió á Robespierre sin conocerlo rogándole que apoyase la reclamación del pueblo. Ofrece dar sus escasos bienes, todo lo que tiene á la propiedad nacional.

¿Fué aceptada la oferta? Lo ignoro. Lo cierto es que Robespierre que amaba á las gentes desinteresadas admitió desde entonces al joven que entregaba sus bienes tan noblemente sin reservas ni escrúpulos. Fué feliz cuando pudo oponer en el Aisne Saint-Just, fanático suyo, á Condorcet, que detestaba y á Camilo Desmoulins, poco seguro. Por esto fué, sin duda alguna, y empleando su poderosa influencia, por lo que Saint-Just fué nombrado á los veinticuatro años miembro de la Convención. El presidente del cuerpo electoral Juan Debry protestó en vano.

La magnitud de los sucesos, el desinterés con que procedió Saint-Just fueron como una revelación. Si su poema reaparece en el 92 no es por Saint-Just, si no por el librero. El autor parece purificado.

Llegó lleno de elevadas ideas. Vivía en la intimidad de Robespierre. Participaba de su austeridad.

Participaba de sus desconfianzas y sus odios, adoptando también el carácter de un áspero censor, de un purificador despiadado de la República. El programa que el mismo Robespierre dió en las elecciones de París y recibido por los Jacobinos, *depurar la Convención*, era el pensamiento de Saint-Just.

Entraba en la Asamblea y miraba á todas partes como si escogiera á quienes debían morir y quienes debían vivir.

Sentíase esto en su primer discurso persiguiendo al rey, amenazando á la Convención, haciendo á la vez el proceso de Luis XVI y el de los jueces que dubitarían antes de condenarlo.

Para él había ya acusados que debían separarse en distintas categorías. Aseguraba Saint-Just que solo la muerte del tirano podía asegurar la unión de la Francia.

Unos tienen miedo, decía, otros lástima á la monarquía: «Otros temen un acto de virtud que sería un lazo de unidad para la República.» Los cimientos para la unión han de ser, pues, de sangre. Lo que Callot se aventuró á decir en la sociedad de los Jacobinos, el joven y grave Saint-Just, que se sentaba cerca de Robespierre, lo repetía, lo proclamaba



MARÍA ANTONIETA

ba en el seno de la Convención. La sangre era la prueba, el signo fatal que sólo debían reconocer los patriotas.

Este discurso ejerció en el proceso un efecto enorme, un efecto que ni el mismo Robespierre pudo adivinar y dió ocasión á su discípulo para que llevara la bandera más lejos en adelante.

La brutalidad violenta de la idea, la forma clásicamente declamatoria, la dureza magistral de su discurso todo impresionó á las tribunas. Sintieron la mano del genio y temblaron de gozo.

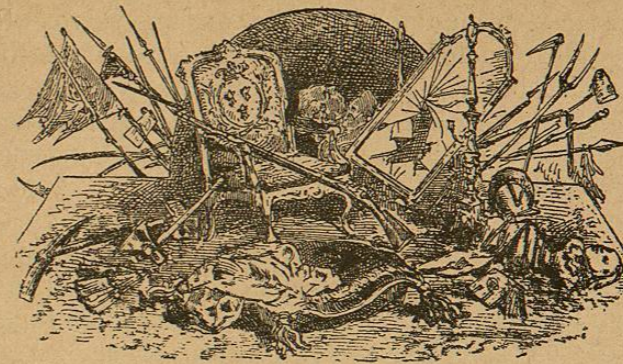
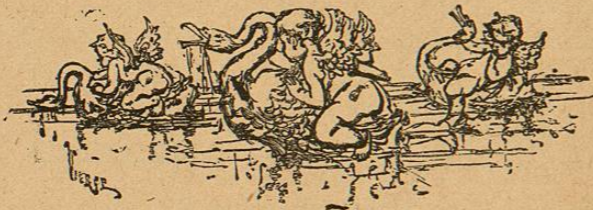
Sus ídolos hasta entonces habían sido los habladores, los pedagogos de la oratoria.

Ahora era un tirano.



La Gironda sonrió para asegurarse. Aparentó no ver en el joven Saint-Just más que el estudiante: Brissot en el *Patriota* lo elogia: «Entre ideas exageradas que revelan los pocos años del orador» encuentra en su discurso «luminosas ideas, un talento que puede honrar la Francia».

Joven ó no, exagerado ó no, tuvo el poder de dar el tono para todo el proceso. El determinó el diapasón. Dió la tónica. Se continuará cantando al tono de Saint-Just; apenas si se osa aventurar una palabra de moderación. El primer orador, Fauchet, no encuentra para salvar al rey más que esta razón piadosa, ridículamente hipócrita: Que sus crímenes son tan grandes que su muerte resultaría un castigo muy dulce; se le debía condenar á vivir.



## CAPITULO VI

### **El proceso.—Intento de la izquierda para aterrorizar el centro y los neutros.—Lucha de Cambon y Robespierre (Noviembre-Diciembre 92)**

Bazere intimidado inclinase á la izquierda (5 Noviembre).—Fuerte posición de Cambon.—Prevé la guerra universal y la revolución territorial.—Cambon, hostil á Robespierre, á la Comuna.—Es atacado por los Jacobinos, los curas y los banqueros.—Sus peligrosos intentos de que Dumouriez revolucione Bélgica (15 Noviembre).—Es denunciado á los Jacobinos (16 Noviembre).—Robespierre por los curas contra Cambon.—Su artículo contra Cambon.—Pídele que reprima y limite la guerra.—Saint-Just ataca el asignado y á Cambon (29 Noviembre).—La Gironda no apoya á Cambon.—Cambon no se somete á los Jacobinos pero los aventaja.—Proclama la guerra revolucionaria.—Limita el poder de los generales.—Danton apoya el decreto de Cambon.—En adelante Cambon se sienta en la izquierda.—Cambon y sus amigos votaron por la muerte del rey.

La derecha estaba profundamente quebrantada por las audacias de la Montaña. ¿Quién podía imaginar que componían el centro quinientos diputados de setecientos cincuenta aproximadamente que contaba la Asamblea?

¿Esta masa muda y pesada era sólida como masa? ¿En su número, en su silencio, encontraba su seguridad? ¿Cómo influir sobre ella?

Directamente era imposible, pero podía ser indirectamente, atacando á los hombres más importantes y que figuran como jefes de sí mismos, independientes, agitándose una vez en la derecha, otra en la izquierda, según su libre opinión. Llamémosles neutros. Hablo especialmente de dos personas, del orador flexible y fácil, Barere, muy agradable, muy estimado en la Asamblea y del hombre importante á quien ésta obedecía dócilmente en las cuestiones financieras: Cambon. Si estos dos hombres figuraban en la izquierda, era de esperar que el centro, especie de amontonamiento de diputados, se sumara íntegro, en breve, á la izquierda también.

El mismo día (5 de Noviembre), en que en un momento de la más